

empeño personal de trasladarlo a un supuesto clasicismo occidental. Por el contrario, propuestas como la de Claudia Calderón o bien como aquella del Quinteto Eco dirigido por el compositor Mauricio Lozano —quien es además autor de un concierto para tiple y orquesta de cámara— evitan cualquier pose de gusto eurocentrista.

CARLOS BARREIRO ORTIZ

1. Claudia Calderón Sáenz, "Estudio analítico y comparativo sobre la música del joropo, expresión tradicional de Venezuela y Colombia", separata de la revista Música de Venezuela, Caracas, año XIX, núm. 39, enero-junio de 1999.

“El último cristiano puro que nos queda”

Osuna 84-05

El Espectador y Editorial Aguilar, Bogotá, 2005, 192 págs.

El Espectador y la Editorial Aguilar recogieron en gran formato una selección de caricaturas de Héctor Osuna Gil entre 1984 y 2005. Sería la continuación del primer libro del autor antioqueño, *Osuna de frente*, una compilación desde sus inicios como caricaturista a finales de la década del cincuenta hasta 1983.

Héctor Osuna Gil nació en Medellín, su padre era industrial y su madre pintora profesional. El niño se crió pintando mientras terminaba el bachillerato con los padres jesuitas en el Colegio de San Bartolomé para estudiar luego derecho en el Colegio Mayor del Rosario, sin dejar nunca de dibujar. Talento, agudo y con alma de conservador logró se publicaran sus primeras caricaturas en el diario El Siglo, dirigido por Álvaro Gómez. Su camino, sin embargo, lo hizo de la mano de los Cano en El Espectador. Ingenioso, cínico, brutal, Osuna es dueño de un trazo muy particular y un ingenio poco frecuente.

En la primera antología *Osuna de frente*, García Márquez escribió:

Quienes sólo lo conocen por su arte dicen que Osuna no tiene corazón. Yo creo que lo tiene, y muy grande, pero dotado de una química personal que sólo asimila a los justos y para Osuna no hay nadie que lo sea en esta vida. En este sentido es una reliquia histórica; el último cristiano puro que nos queda.

Si el lector recuerda, ni siquiera el famoso escritor se ha salvado de la pluma de Osuna, quien en su caricatura cuando le entregaron el Nobel lo pintaba entrando con el traje típico de la costa a recibir el premio diciendo: “liqui, liqui Halloween”.

Ya se había referido a él el maravilloso Klim:

Cualquier elogio le viene estrecho, y para encontrarle pares en la historia del periodismo nacional, hay que remontarse a Ricardo Rendón. Los dos aúnan a la limpieza y facilidad de la línea, la carga sutil y demoledora del ingenio.

Este libro lo prologa él mismo. Bueno, no exactamente. El Prefacio es de Sor Palacio, el personaje que salió del cuadro donado por Botero en época del presidente Belisario Betancur y que a partir de entonces empezó a opinar y a meterse en todo.

Hay quienes dicen que somos una misma persona y que yo represento ese transfondillo espiritual y religioso que está latente en su alma, así como el rezago femenino que guardan en su trastienda todos los hombres. [pág. 9]

Sor Palacio aún aparece, aunque dice ella misma, que unos llegados de Boston la mandaron lejos de palacio y la rescataron luego otros llegados de provincia. Un día salieron también los caballos de Usaquén con los que identificó al gobierno del Estatuto de seguridad. Sor Palacio estuvo al lado de todo aquél que se ga-

naba algún sablazo durante los intentos de Betancur por un proceso de paz y aterrada cerró los ojos tras el holocausto del Palacio de Justicia.

“¡No nos asesinen! ¡Somos la paz de Betancur!” dice el ministro Bernardo Ramírez acompañado por Sor Palacio y monseñor Darío Castrillón. Portan cada uno sus camisetas raídas ensartadas en una burda estaca, y llueven las balas. También Lara, la perra dálmata de López Michelsen andaba ya saltando atravesada y coquetea en una caricatura con una jirafa del zoológico de Pablo Escobar. Al fondo se ve el brazo de López Michelsen bajo un parasol en el Hotel Marriot de Panamá. Es el mes de julio de 1984 y se ha confirmado la entrevista del ex presidente con la cúpula del Cartel de Medellín.



El presidente Barco ocupó varias páginas, muchas veces Lilín, el pequeño “hijo” del caricaturista pregunta si se dañó la televisión que el señor que está ahí repite tanto, o el presidente le pregunta a su ministro Cepeda “¿Me tienen de bobo?” No, le responde Cepeda riendo “—Lo tenemos de presidente”.

El “Kínder”, los jóvenes ministros de César Gaviria, aparecen en caminadores, de pañal o disfraz, mientras el jefe liberal aparece tanteando en la oscuridad durante el llamado “apagón”, racionamiento

de energía que asegura nada tiene que ver con él.

Y no olvidemos el elefante a espaldas del presidente Samper que se volvió también un famoso convidado.



Más de veinte años vistos a través de la lente de un agudo caricaturista, un humor crudo y descarnado, lleno de sutilezas, críticas certeras, homenajes; así Osuna día tras día plasma la historia en un solo trazo o con un personaje certero, incluso anticipa hechos, errores, desaciertos. Veinte años de caricaturas en las que desfilan políticos, empresarios, banqueros y la historia de un país convulso. La última parte del libro son dibujos homenaje, el perfil de Guillermo Cano director de *El Espectador*, asesinado; Luis Carlos Galán, líder político, asesinado; Jaime Pardo Leal, asesinado; Jaime Garzón humorista, asesinado; Sergio Restrepo S. J., asesinado; Bernardo Jaramillo, candidato presidencial por la UP, asesinado; Manuel Cepeda Vargas, dirigente comunista, director del periódico *Voz*, asesinado; Mario Calderón, investigador del Cinep, asesinado; Jesús Antonio Bejarano, catedrático, asesinado; Monseñor Isaías Duarte, arzobispo de Cali, asesinado... Unos pocos que lograron morir de muerte natural como Diego Montaña Cuéllar reseñado como “notable” y los ex presidentes Carlos Lleras Restrepo y Alberto Lleras, entre otros.

Sin lugar a dudas no sólo es un libro interesante, es aterrador el repaso de la historia, los avances del narcotráfico, los políticos partícipes, los desmanes del Ejército, el poder

de la guerrilla, los abusos de poder, los presidentes ineptos, los asesinatos impunes. ¡Dios en qué país vivimos! Esta es nuestra historia plasmada por un excelente dibujante, de humor ácido, que busca siempre meter el dedo en el ojo del huracán.

JIMENA MONTAÑA
CUÉLLAR

¿Todo humor? ✓

Toro humor

Betto (*Alberto Martínez*)
Villegas Editores, Bogotá, 2005,
142 págs.

Toro humor es el título de un libro con una serie de caricaturas reunidas bajo el prestigioso como cuidadoso sello Villegas Editores, que ilustran con amplitud cada una de las vicisitudes y/o circunstancias definidoras del mundillo del toro, y que Betto —así se autodenomina Alberto Martínez, bogotano nacido en 1968— ha ido produciendo, con el ritmo propio de quien tiene la responsabilidad de un espacio en un periódico (en su caso *El Espectador*, que además, como ya lo hiciera Consuelo Lagos con su *Negra Nieves*, publicación tradicional y puntual del mismo diario), lo hace en torno al monotema de la fiesta taurina. Más exactamente, sobre la tradicional lucha entre el torero y el toro, o mejor, sobre lo que constituye una franca lid, entre el animal y el animal.

Así, esta galería taurina de Betto, sigue el mínimo recurso de la expresión caricaturesca, como lo es la línea del dibujo y, empleando un recurso del diseño gráfico —consistente en la ocupación pictórica del espacio con planchas de piezas monocromáticas, en sus trabajos siempre negro y/o rojo, y que él utiliza con sobria armonía plástica—, hace gala de fidelidad a una ceremonia ritual, y de ínfulas protocolarias,

desde las licencias que le son permitidas, no a un bufón como en la época de las primeras corridas, sino a un agudo observador.

En efecto, hay en este libro una clara intención de relacionar, plástica y sutilmente, el argot taurino, con todo lo que dicho lenguaje refiere, con la cotidianidad tajante de los hechos y acciones que definen una sociedad. Por ello, el libro está “plagado” de ocurrencias que a la luz del conjunto de los cuadros, aparecen gratuitas, aparentemente concebidas desde el facilismo de superponer a una imagen los rasgos, características, aditamentos, de otra (el toro vestido de odontólogo, por ejemplo), y la ornamentación típica de la que para sus seguidores y fanáticos es una fiesta: “la fiesta de la muerte”.

Desde su presentación compositiva, es decir, a partir de lo que en la libertad creativa de la historieta, del cómic o de la caricatura, constituye la plástica de dicho género, estos dibujos de Betto son tan vacunos como bacanos. En efecto, más allá de la ironía que en su condición de piezas de humor deben encerrar, contienen la placidez visual que una ilustración de dicha índole debe contener: economía formal, claridad conceptual, equilibrio compositivo, en fin, los elementos que conforman una pieza bien hecha.

Economía formal: Betto utiliza una economía formal al presentar sus escenas congeladas, la línea delgada y esencial (para ello subraya los rasgos que en cada objeto o ser especifican contornos); lo hace más con timidez que con maestría, en cualquier caso sí con justeza, aplica, complementándolos, tramas o manchas de color. Manchas planas, sin ninguna intención de transmitir emoción y por el contrario, parecerían tener la función de las convenciones: en esta serie, negro para el toro y rojo para el torero, lo que no deja de ser una obviedad, aunque se entienda también que no tendrían porque ser más que eso.

La economía es tanta en *Toro humor*, hasta el punto que selecciona, para su exclusión del conjunto de ele-